





**UN SENTIMIENTO
SUSPENDIDO EN EL TIEMPO**

ALEJANDRA ZINA

• Ilustrado por: LULA URONDO

Zina, Alejandra

Un sentimiento suspendido en el tiempo / Alejandra Zina ; edición literaria a cargo de María Inés Kreplak y Marcos Almada ; ilustrado por Urondo Lula. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015.

64 p. : il. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 1)

ISBN 978-987-3772-05-4

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, María Inés , ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Lula, Urondo, ilus.

CDD A863

Fecha de catalogación: 10/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

———— **Ministerio de Cultura** ————

Franco Vitali
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi
Ministra de Cultura



ALEJANDRA ZINA

BUENOS AIRES, 1973. Publicó los libros *Barajas* (2011) y *Lo que se pierde* (2005). Forma parte de varias antologías, entre ellas: *Las dueñas de la pelota* (2014), *Antología del cuento argentino* (2013), *Osario común. Summa de fantasía y horror* (2013), y *Hablar de mí* (2009). Coordina talleres de forma particular y en la Escuela Nacional de Experimentación y Realización Cine-

matográfica [ENERC]. Desde el 2006, codirige el ciclo Carne Argentina de lecturas en vivo.



LULA URONDO

BUENOS AIRES, 1987. Es ilustradora y diseñadora. Expuso en distintos lugares de México y Buenos Aires. En la actualidad realiza arte de discos, murales y pinta en vivo con la banda *Carnavale di Vendetta*. Es madre de un niño que a veces se hace llamar Pipo, otras Spiderman. Se puede ver su obra en Facebook como LULA URONDO.



EL CENTINELA



Lo trajo una noche sin avisar. Se habían encontrado en la estación Carlos Pellegrini; como en las películas, los dos caminaban en direcciones opuestas y chocaron de frente. Cosas del destino. Vivir en la ciudad más grande del país y de pronto encontrarse bajo tierra con gente que no vemos hace siglos.

Los dos hombres estaban en la puerta de la cocina, esperando a que cerrara la canilla y se acercara a saludar.

—¿Te acordás de Morin? Estuvimos juntos en Puerto Belgrano —Ismael rodeaba el hombro de un tipo de su altura pero más fibroso, piel mate y ojos verdes, como muchos provincianos agringados.

Ángela se secó las manos en el jean y caminó hacia ellos. No, no se acordaba, pero asintió con sonrisa franca. Cuando sonreía sus ojos grises se po-



nían brillosos y el iris se encendía amarillento como los gatos. Con la cara enrojecida por el calor del horno, sus ojos brillaban todavía más. Sintió el contraste de temperatura cuando besó su mejilla, el contacto con el frío de la calle y cierto alivio inesperado.

—¿Hace falta comprar algo? —preguntó Ismael.

Ángela negó con la cabeza y fue a vigilar cómo iba el pollo. Justo ese día había puesto uno entero. Lo habitual era que cocinara una presa para cada uno,

dos pata-muslo con mucho limón, un rulo de manteca, rodajas de cebolla y tiritas de morrón colorado.

En un momento, Ismael se puso a contar anécdotas de cuando estuvieron en la Base, era el único lazo que los unía y que ahora se desenterraba, como un objeto perdido hace mucho tiempo. Pero eso fue después de comer el pollo al horno con papas, después de tomar las dos botellas de Norton que los hombres habían comprado antes de subir al departamento, después de pelar tres



manzanas rojas y rebanarlas en un plato como postre improvisado, después que el invitado contara la vuelta a la casa de los viejos en Posadas (donde nadie lo esperaba), después que Ángela se diera cuenta quién era Morin.

—¿Te acordás, amor? —a veces las preguntas de Ismael tenían un tono examinatorio, como si le estuviera haciendo un test de memoria y concentración.

—¿De qué? —Ángela puso el manojito de cubiertos sucios sobre la pila de pla-

tos y se levantó de la silla.

–Del colimba que se mató.

–Qué horror.

–Si ya te conté, ¿no te acordás? Que estábamos de centinelas, que recibió la carta de la novia diciendo que lo dejaba.

Morin bajó la cabeza pensativo.

–A las 12 pasó el correo y media hora después se pegó el tiro, ¿no? –Ismael tocó el codo del compañero.

Morin asintió mientras sacaba un cigarrillo del bolsillo de la camisa, lo tuvo todo el tiempo en la mano sin encender.



—Quién puede decir por qué se mata una persona... —Ángela apoyó la pila de platos que sostenía en el aire.

—Lo que un marino dice, es cierto; lo que promete, se cumple; lo que hace es digno —recitó Ismael con una solemnidad sobreactuada—. Grabado a fuego —dijo, dándose unas palmaditas en la frente.

Morin observó de reojo la expresión impaciente de Ángela: quería escucharlos y, a la vez, terminar de levantar la mesa. Morin corrió la silla hacia atrás y

se dio impulso para levantarse.

–No, no, no, yo me arreglo –Ángela lo volvió a sentar apoyando una mano en el hombro.

–Su guía le lamió la sangre.

–¿Qué guía? –preguntó Ángela, alzando los platos otra vez.

–El perro con el que hacía la guardia. Cuando llegabas a la Base te asignaban un perro, un ovejero alemán. Lo tenías que entrenar, darle de comer, llevarlo al canil. Vos cuidabas al perro y el perro te cuidaba a vos. Así era la cosa, ¿no?



—preguntó Ismael tocando el brazo de Morin.

Morin asintió con la mirada perdida en el mantel, los agujeros de la nariz se dilataron, como si estuviera a punto de soltar una emoción.

—Pobrecito —puchereó Ángela—. Lo que daría por tener uno.

—¿Un perro? —se sorprendió Ismael.

—Sí —gritó Ángela desde la cocina.

—¿Un perro acá? —preguntó Ismael, levantando el tono de voz.

—Por qué no. ¿Café? —Ángela asomó

la cabeza en el pasillo.

—Morin quiere. Yo también —contestó Ismael sin variar el tono.

Los dos hombres se quedaron callados, atentos a los ruidos que llegaban de la cocina: el chorro de agua repicando en el fondo de la pava, la pava sobre la hornalla, la fricción del fósforo en el borde de la caja, el zumbido del gas abierto.

—Estamos buscando —dijo Ismael mientras enrollaba la servilleta de tela hasta formar un tubito que se doblaba sobre sí mismo, como un fideo de plas-



tilina naranja.

Morin andaba en otra cosa.

–Ya tuvimos bastante tiempo para nosotros, nos dimos todos los gustos. Ba, todos los que pudimos. Ya era hora de ponerse en campaña. ¿Y vos?

¿Y él? Nada. Nadie.

Desde el pasillo miró al amigo de su marido, tenía el físico de alguien que trabajó en el campo. Cuando le tocó el hombro para que volviera a sentarse sintió su contextura, también sintió

otras cosas. Como si hubiese tocado hielo seco, algo que enfría y arde a la vez. A primera vista, parecía mucho más joven que Ismael. Sin canas, sin entradas, sin patas de gallo. Pero había algo en su forma de mirar, algo antiguo.

—Ángela, te estoy hablando.

—Sí.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ismael conteniendo la tentación—. Ella es así —se justificó con Morin.

Ángela estaba parada en el pasillo que unía el living y la cocina, rígida



como una estatua, la boca abierta y la vista hacia el techo. Como sumergida en un estado de trance o revelación. Ismael tomaba esos momentos con humor. Pensaba que el problema era que se le ocurrían demasiadas cosas a la vez, y se atoraba. ¿Cuántos hombres están casados con una mujer que los divierte de verdad? Pocos. Menos de los que imaginamos. Él era un privilegiado. Además estaba seguro de que iba a ser buena madre, aunque la familia pensara lo contrario.

—Hay que prestar atención a ciertas cosas —contestó Ángela, peinándose el pelo con ambas manos y caminando hacia su silla—. Ah, escuchen esto, el otro día leí una historia increíble. Resulta que un hombre estuvo 40 años lavándose la cara en el bidé. Un día, viendo un programa de televisión, se dio cuenta que llevaba 40 años equivocado y que nadie le había enseñado cómo usarlo.

Ismael volvió a tentarse. Morin también sonreía.

—No puede ser.



—El tipo declaró que si su esposa y sus cinco hijos nunca le dijeron nada “sabiendo lo que hacía”, si lo dejaron meter la cara donde ellos habían puesto lo que ya saben, es que estaba completamente solo en el mundo.

—¿Y se fue de la casa? —preguntó Ismael, como para alargar el juego.

—Sí, se mudó a una pensión sin bidé, a reponerse como un animal herido.

Ismael explotó con una carcajada y corrió para el baño diciendo que se meaba. Morin agarró el vaso lleno has-

ta la mitad y de un trago se terminó el vino. Ángela miró hacia donde había corrido su marido, inclinó el pecho sobre la mesa y habló con calma y un dejo de malicia.

—Él también tarda en darse cuenta.

Morin se relamió el bigote de gotitas color borgoña y sonrió como un chico al que descubren acurrucado en su escondite.

—Supongo que viniste por algo.

Morin la miró con curiosidad. Mientras hablaba, Ángela marcaba cruces



de cementerio en el mantel.

—En el placard tenemos una caja donde guardamos los secretos más importantes de cada uno. Los escribimos en papelitos, los leímos en voz alta y los guardamos. Fue idea de Ismael, él dijo que así nuestro amor iba a ser más fuerte. Los secretos sabidos y bien guardados. Estoy segura que tu nombre no está en esa caja. Pero estás acá y no sé por qué. ¿Te debe algo?

Morin hizo rodar el cigarrillo sobre la mesa y lo atajó antes de que se cayera.

Ella le apretó el dorso de la mano.

—Decime.

Morin empezó a negar con la cabeza, pero terminó mirando en dirección al baño. Ismael venía acomodándose la camisa dentro del pantalón.

—Por Dios, casi me muero.

La pava tembló en la hornalla, Ángela se levantó de un salto y corrió a la cocina. Mientras colaba el café, acercó la nariz y respiró lentamente el aroma torrado. También podía ser un reencontro entre viejos amigos, un ataque



de nostalgia nada más. Acomodó el juego de café en una bandeja con manijitas de bronce. Muchas cosas se vuelven lujosas con el paso del tiempo, eso había pasado con ese juego de porcelana marrón heredado de su abuela. Parecía una reliquia.

Ángela volvió haciendo equilibrio con la bandeja.

Ismael tenía la silla alejada de la mesa, el cuerpo rígido, los ojos clavados en su viejo camarada. Como si acabara de enterarse de algo que todos sabían

menos él.

Mientras Ángela servía el café se escuchó un golpe fuerte en la parte baja de la puerta del departamento, parecía una patada hecha con la puntera de un zapato duro, una patada con envión. Los tres se miraron. Ismael se levantó de la silla en cámara lenta. De pronto la noche se hizo tan larga. ¿Hacía cuánto que estaban en la mesa?

—Voy a ver.

Cuando abrió la puerta, se encontró con el paisaje de todos los días: la luz



automática encendida, el mosaico color jenjibre, la alfombrita gastada del departamento de enfrente, el ruido del ascensor frenando y arrancando. Ismael cerró de un portazo y se quedó a esperar. El golpe volvió a repetirse. Puso el ojo en la mirilla y vio todo negro. Apoyó la oreja a la altura de la cerradura y oyó el jadeo, las uñas arañando el piso, el ladrido que retumbó en el pasillo.

Abrió la puerta y presionó el botón de la luz, a unos pasos el ovejero alemán lo miraba con la lengua afuera y la

panza inflándose y desinflándose como un fuelle. Parecía que había subido cincuenta pisos por escalera y no cinco. Ismael miró en dirección al living. Ángela estaba parada con la cafetera en la mano, alelada, como si no pudiera creer lo rápido que se le había cumplido el deseo de tener una mascota.

El perro se coló por entre las piernas de Ismael y entró patinando en el parquet. Avanzaba como una tromba, cayéndose y levantándose, ladrando y gimiendo, mientras su cola plumereaba



como loca. Esquivó las piernas de Ángela como si fuera una silla que le interrumpía la corrida.

Morin estaba de pie para recibirlo. Ya lo estaba viendo, ya lo estaba sintiendo. Cómo se le tiraba encima, apoyando las dos patas en sus hombros para lamerle la cara con devoción. Los mismos lengüetazos desesperados que le dio aquel mediodía en la garita. Despidiéndose entonces, y ahora, dándole la bienvenida.





TORO Y EL CHAVO



Me mudé de país para mudarme de océano. Espero no volver a verlo más. De verdad espero que se olvide de mí y yo de él.

Unos amigos argentinos me consiguieron la cabaña en donde vivo y el trabajo en la playa. Con eso me alcanza, no digo para ser feliz, pero sí para dor-

mir de corrido y sin pesadillas.

Las noches de Mazunte son tremendas. El cielo es un espectáculo de astros y satélites, y el Pacífico se pone tan negro, tan negro, que parece la boca de un aljibe gigante.

Si quiero distraerme, voy a la feria en donde puedo comer unos tacos, jugar al bingo y tratar de ganar en los tiros un peluche para Fede, el nene de mis amigos.

Si quiero compañía, voy al bar de Torosito.



Toro es del D.F., pero se vino hace años por un problema en los pulmones. Los médicos dijeron que el smog la estaba matando y que solo la podía salvar el aire húmedo y salado de la costa.

Se llama Paloma Torosito Navarro, pero acá todos le dicen Toro o Torosito. Parece que son los nombres que mejor le cuadran a su carácter machón y revirado. Conmigo es cariñosa desde que la conocí. Rana o Ranita me dice, porque me la paso en la orilla o adentro del agua. Si estamos solas en el bar, saca las

dos mecedoras que heredó de no sé qué finado, las pone mirando al mar y trae una Corona para cada una. Hay noches en que hablamos hasta por los codos y otras en que solo decimos salú antes de chocar los porrones.

Ahora que entramos en temporada alta, la cosa se anima más. Llegan turistas a montones y en el bar de Toro, donde corren mojitos y tequilas sin parar, el baile dura hasta la mañana. O hasta que ella desenchufa el equipo de



música, grita un órale órale, y echa a todo el mundo a la playa. Los que todavía se mantienen en pie, vuelven a sus albergues. A los demás, me los encuentro cuando bajo a trabajar. En la caminata a la orilla voy esquivando bailarines desmayados, algunos en bolas, que duermen la mona bajo el sol.

Aunque quizás parezca lo contrario, tengo poco tiempo para pensar. Y eso ayuda. Me levanto a las seis y media de la mañana, desayuno liviano, barro la arena que se cuele en el único ambien-

te de la casa y salgo encremada hasta las pestañas. Tengo la piel dura como el cuero, pero no dejo de cuidarme. Ni de usar anteojos de sol y remera larga sobre la malla. Almuerzo y duermo la siesta en el parador, y sigo en la playa hasta que oscurece. A la vuelta, me visito por primera vez en el día, me cocino un plato abundante y, si todavía no quiero acostarme, doy un paseo o visito a mis amigos.

El trabajo es tranquilo. Hasta ahora solo me tocaron chiquitos que se ale-



jan de sus papás, bañistas acalambrados o tipos que para impresionar se meten mar adentro y la corriente los empuja hacia el acantilado.

Bueno, yo creí que las cosas seguirían así, pero no.

Ayer volvió a aparecer.

Como todas las tardes, caminamos hacia Cerro Sagrado. Los atardeceres desde Punta Cometa o Cerro Sagrado —como prefieren decirle los pobladores— son explosivos. El cielo se pone rojo sangre y uno puede ver perfec-

tamente cómo las lenguas de fuego se hunden en el agua. Los turistas aplauden, chiflan y sacan veinte fotos por minuto. Después vuelven a la playa, donde juegan carreras a caballito, dan vueltas carnero en la arena o juntan ramas para hacer fogatas. Los turistas son así. Les gusta llamar la atención. Por suerte, ayer se levantó viento y el frío los corrió enseguida.

Yo había ido a juntar mi toalla, el salvavidas y los largavista, cuando sentí el grito detrás. Primero me sobresalté y



las cosas se me cayeron de las manos. Me fui incorporando de a poco. El viento pudo haber traído el grito de alguien que empinó el codo temprano o de un ganador que completó el cartón de lotería y cantó su buena suerte. Acá la gente grita por cualquier cosa.

Pero el llamado de auxilio se repitió junto con el chapoteo histérico de unos bracitos aleteando contra el agua.

Era él. Y me había encontrado de nuevo.

Sin pensarlo, abandoné mis cosas y

empecé a caminar en sentido contrario. Aunque me alejaba con un dedo enterrado en cada oído, podía escuchar su llamado retumbando en la playa desierta. Pensé en ir para la cabaña, o mejor a lo de Toro, y bajarme los tequilas que nunca pido. La idea me animó y cambié el andar nervioso por la corrida.

Pero, ¿qué si era otro el que estaba pidiendo rescate? ¿Qué si mientras yo corría alguien se estaba ahogando? Frené de golpe y giré sobre mis pies. Volví trotando hasta la orilla, entré



unos pasos en el mar y reconocí una silueta blanca en el planchón negro y silencioso. Usé mis manos de megáfono para que me oyera: ¿HOLA? ¿SE ENCUENTRA BIEN? ¿HOLA? Un chico contestó moviendo los brazos a un lado y al otro, como si estuviera siguiendo un paso de baile.

Ahí estaba. Exactamente igual a la última vez, y a la anterior, y a la anterior. Haciendo lo único que le vi hacer desde que lo conocí: agarrarse del agua mientras lo chupaba el piso flojo de un pozo.

Tuve una crisis de nervios y le dije cosas horribles, también le pedí que me dejara en paz. Actuaba como una madre desbordada por los berrinches de su hijo.

Solo que el chico no es caprichoso. Tampoco es mi hijo.

El chico quiere que lo salve y yo, no puedo hacer otra cosa que intentarlo.

Como tantas veces, en otras playas y otro océano, me saqué la remera a los tirones y salí corriendo hacia él. ¡Aguantá que ya voy! Sin frenar la ca-



rrera, piqué en la arena y entré en un clavado. Mientras pataleaba, sentí el cosquilleo en los pies. ¡Aguantá! La mandíbula me temblaba tanto que las palabras me salían mudas. Sacudí las piernas de forma exagerada para que no se acalambraran y seguí braceando en diagonal. Es la única forma de evitar la corriente que tira hacia el acantilado. Cabeza fuera del agua y estilo libre en diagonal. Cuando llegué, vi una mata de pelo castaño flotando como un alga marina. ¡Arriba, chiquito, arriba! Hun-

dí las manos y saqué al chico de los sobacos. Debía pesar tanto como yo y su cuerpo estaba más helado que el agua. Colgué su brazo izquierdo de mi cuello y empecé a remolcarlo. Di unas pocas brazadas y tuve que parar. El peso hacía que se me resbalara hacia abajo. El chico abrió la boca y un vaho a pescado podrido me frunció la nariz. Tengo frío, tengo hambre, balbuceaba contra mi oreja. Falta poco, bebé, aguantá que ya llegamos. Lo alcé del bracito para acomodarlo y un sonido áspero me pa-



ralizó. Fue como la rajadura de una tela. No me animaba a mirar, ni a seguir. Pispié de reojo y vi la clavícula y el músculo expuestos. La carne del hombro se le había desgarrado. Se me escapó un grito que me hizo tragar un vaso entero de agua salada, y lo solté. No existe, él no existe. No existe. Nadé hacia la orilla conteniendo la respiración. Salí a los tropezones, caí en cuatro patas sobre la arena húmeda y en una arcada largué mocos, lágrimas y toda el agua que había tragado, seguí gateando hasta la

zona seca y me desplomé.

El desmayo debió durar un buen rato porque cuando abrí los ojos la luz de la luna iluminaba la playa.

Con las piernas abiertas y los brazos flojos sobre las rodillas, escupí varias veces una saliva salada y rasposa. Tenía la malla mojada y el cuerpo milanese. Podría haberme congelado, pensé, y fui por mis cosas caminando en eses como una borracha.



La cara desencajada de Toro duró unos segundos. Después dijo que cuando me vio parada en la puerta no me había reconocido. Que estaba muy compenetrada echando putas contra unos gringos. Estos pendejos me sacan todos los diablos, dijo, y deslizó una sonrisa triste.

Por supuesto se había dado cuenta de la hora y de mi estado, pero no hizo preguntas, nomás me abrazó la cintura y casi en el aire me cargó hasta el fondo del boliche. En su pieza me envolvió

con una frazada y se puso a revolver los cajones de una cómoda. Sobre la cama me dejó una montaña de ropa para que eligiera y se fue a atender el mostrador.

Cuando me vio entrar al salón, Toro cruzó los brazos sobre el pecho, frunció el ceño y se puso a negar con la cabeza.

–Qué. ¿Me queda muy mal?

–Absolutamente. Fíjate que te faltan unos cuantos kilos para lucir mis trapos. Vamos, vamos, ve pallá –me ordenó, mientras apuntaba con dedo de sargento la mesa en donde me esperaba un ta-



zón de café y unas presas de pollo frío.

Las Coronas las tomamos un rato más tarde, afuera, en las mecedoras. Toro empinaba su porrón y con cada trago chasqueaba los labios como si estuviese probando la primera cerveza de su vida. Tomaba y se hama-caba con las puntas de los pies. Cuando terminó, siguió acariciando el envase vacío. Con una timidez que nunca le había visto, me dijo que yo no estaba para ir a ningún lado, que me quedara a dormir en el bar.

Me quedé, pero no dormimos hasta la mañana. Toro siguió trayendo porrones de cerveza fría. Y yo le conté lo de la playa. Hablamos del chico. Y hablamos del dolor.

—Había muchos bañistas y él era un puntito a ochenta metros de la costa. Un puntito que desapareció enseguida. Fui y vine a los pedos, pero cuando lo traje ya no le quedaba oxígeno. Estuvimos más de media hora intentando resucitarlo. Yo, mis compañeros, el tipo de la Cruz Roja. No pudimos. Tratamos



pero no pudimos –le conté de un tirón.

Toro frenó un rayo de sol con la palma abierta y el dorso haciendo sombra sobre su cara. Cerró los ojos y se tomó su tiempo.

–Yo no sé en tu casa pero acá, cuando La Fría se lleva a los ahogados...

–¿Qué fría?

–La Pelona. La Apestosa. La Flaca. Sí me entiendes, Ranita. Cuando La Fría se lleva a los ahogados, el mar es su cuarte. Su mano derecha. Su Sancho Panza. Eso. Así como lo ves de mansito, el muy

cabronazo trabaja para ella. Y ni se te ocurra sacarle lo que se quiere llevar.

—Pero si yo no le saqué nada, Toro, él se lo llevó, yo, él —quise seguir pero la voz se me quebró y no pude.

Toro estiró una mano de mecedora a mecedora y me palmeó el codo suavemente.

—Ya, ya. Pero ese chavito está atorado, Rana. Ese chavito tiene que seguir viaje. Y a poco que estará mejor.

—¿Seguir adónde?

—A Tlalocan. El paraíso de los ahogados.



—...

—Tlaloc, el dios de la lluvia, los elige para vivir en reposo y abundancia. Pero tienes que soltarlo, Rana. Tienes que soltarlo. Y para eso... ¿Rana? ¿Ranita? ¿Estás dormida?

—No, no, te estoy escuchando.

—Oye, esta noche iremos juntas a la playa.

—¿Para?

—Pa' despedir al chavo, ¿no?

—¿Y verlo otra vez? Ni en pedo. Dos días seguidos no voy a poder, Toro.

—Pero, ¿si fuera la última?

—Y cómo sabés que va a ser la última.

—Eso no es cosa de saber, Rana. ¡Lo siento acá, lo siento acá! —dijo Toro, apretándose las tetas y subiéndolas hasta el escote de la remera—. ¿Me oíste? Hoy mismo le decimos adiós.

No sé cuánto tiempo más estuvo contando historias. Yo recién volví a verla cuando me desperté con sus gritos. Para variar, andaba peleando con unos ingleses o alemanes o tanos.

Increíble, me había pasado todo el



día durmiendo en la mecedora pero no sentía resaca ni dolores. Toro me miró desde el interior del salón, guiñó un ojo y dio el vía vía a los gringos.

Ahora, para bien o para mal, había llegado la noche.



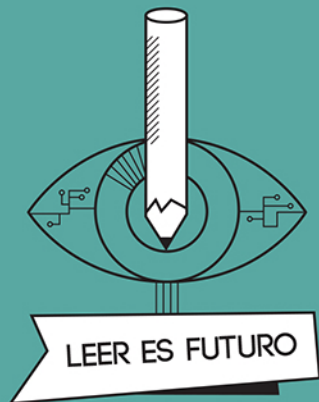
AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN
Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA
Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE
Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS
SOCIOCULTURALES
Franco Vitali



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina